

NEOLOGISMOS EN INGLES

Debo al profesor Pablo Domínguez, amigo y colega, el envío y la provechosa lectura de un libro revelador, publicado hace unos meses, cuyo título, *Longman Guardian New Words**, ya indica cual es la editorial y cual el periódico que respaldan a su autor-compilador Simón Mort, vinculado al prestigioso diario de Manchester, hoy de Londres, *The Guardian*. Sin buscar precisiones numéricas ni cronológicas —la obra no aspira a rigor científico— se nos dice en la cubierta que dentro están incluidas unas mil palabras aparecidas en 1986 o que alcanzaron difusión perceptible ese año. Como mínimo requisito de autenticidad se adopta el de justificar cada entrada con la correspondiente cita, por lo regular periodística (diarios, semanarios o publicaciones más espaciadas en el tiempo). Se sobreentiende que el ejemplo citado es meramente ilustrativo, pero no único.

Semejantes aportaciones a la lexicografía de una lengua son testimonio del interés y del afán coleccionista tan patente entre los anglosajones y otros pueblos germánicos. Metidos a inventariar, su tesón y diligencia alcanzan cotas envidiables y de ello, con razón, se ufanan. Cuando los hispanohablantes se enteran de estas proezas —que no lo son tanto— lamentan, si son sensibles a las cifras, que su propia lengua no exhiba idéntica o aproximada capacidad creadora.

Creo que podría servirnos de consuelo si pensáramos que basta con prestar atención a las innovaciones léxicas de nuestra lengua para descubrir, cotejando con los diccionarios lo que observamos, un sinfín de aportaciones nuevas no registradas en ellos, tanto en el plano léxico estricto (la palabra no existía) como en el plano semántico (la palabra existía; el nuevo significado, no). En rigor, las 219 páginas del libro que comentamos no implican un incremento de vocabulario inglés cuantificable en 1.000 voces nuevas, sino bastante menor. Más un observador exterior, sin ser lingüista, ha de asombrarse de un fenómeno cultural del que la lengua es mero reflejo, a saber, del creciente caudal de cosas ideas que una sociedad eminentemente dinámica como la actual, se ve obligada a nominar cada día, ya echando mano de los resortes de su propia lengua, ya acudiendo a otras de las que toma lo que por anticipación o idiosincrasia han creado sus comunidades lingüísticas respectivas.

Tiene sin duda esta aventura editorial méritos de sobra para alcanzar un éxito de venta entre el público no especializado, pero los especialistas harían bien tomando nota —y esto sí sería rigor científico— de lo que *se consideró nuevo* en 1986 y de las tendencias dominantes en esas fechas en cuanto a formación de palabras y difusión de conceptos. Porque —todo hay que decirlo— uno de los objetivos perseguidos por el compilador es el de entretener, lo cual prejuzga, en cierto modo, la selección. Sólo así se explica que un neologismo como *dwarf-throwing* (= lanzamiento de enano), deporte con antecedentes en la Selva Negra y Australia desde 1963, tenga cabida en este volumen, si bien hay dos noticias de 1986 que lo justifican aunque el proyectil lanzado, el enano, era voluntario y provisto de casco al participar en el concurso, una organización de Hamburgo, la de “gentes de crecimiento restringido” —delicado eufemismo—, protestó y consiguió, de ahí la noticia, que se suspendiera una de estas crueles competiciones. Un comentario posterior del mismo diario, el *Daily Telegraph*, apuntaba la posibilidad de que en la próxima Olimpiada, junto al lanzamiento de disco y de martillo se estableciera una prueba más. También figura en la larga lista,

claramente por su valor anecdótico, la formación *potatogram* o “patatograma” que designa el recipiente utilizado por unos huelguistas australianos aislados para hacer llegar a sus familias noticias de su estado. Más pretencioso, pero no sorprendente en el campo de la Sociología, es el término *Teddy bear syndrome* o “síndrome del osito Teddy”, acuñado para llamar así la tendencia al apareamiento de quienes, sintiéndose solos buscan sólo alguien a quien abrazar, como a los muñecos infantiles, pero sin sentir un afecto más profundo. A tal síndrome se atribuye la disolución de un 40% de las segundas nupcias británicas. Otro término de aceptación segura es el derivado *foodie*, que indica jocosamente al aficionado a las novedades culinarias, sobre todo exóticas. Hay una noticia de *The Observer*, el influyente dominical, revelando que la Reina Madre es la “foodie” de la familia real; *food* ‘alimento’ es el origen del nuevo vocablo, como lo es también del compuesto *food terrorist*, para referirse al que constantemente nos advierte de los peligros de comer tal o cual cosa nociva para la salud. Este protagonismo de la alimentación, nuevo entre los ingleses, ha suscitado otra palabra, *foodism*, definido como ‘preocupación excesiva por la comida’, y ha favorecido la importación de voces extranjeras de grato regusto al paladar. Muchas son de origen español, y alguna —con acento mexicano— aparece inventariada aquí, como *burrito* y *quesadilla*. Los hispanismos del inglés actual merecerían comentario aparte.

Figuran, por supuesto, en este repertorio de palabras nuevas, bastantes que no son privativas del inglés, sino de esa moderna *lingua franca* que R. Etienne llama, con hispanismo despectivo, “sibir Nord-Atlantique”. A ella pertenecen términos de varia procedencia, adaptados más o menos a la lengua receptora, como en su día lo fueron *telón de acero*, *quinta columna*, *colectivo*, *Tercer Mundo*, etc. Incluye la lista de Mort en 1986 algunas voces que yo tengo anotadas mucho antes en español, como *pinyin*, para el sistema de transliteración latina del chino, *organogram* para ‘organigrama’ palabra usada en España hace más de veinte años, *cohabitación*, con el valor político adquirido en francés, *glasnost* que debió de aparecer al tiempo en casi todas las lenguas europeas, *expert system* ‘sistema experto’, ya propuesto para su admisión en el diccionario académico.

Se echan de menos —recuérdese que el libro se publicó en 1987 pero las citas más recientes son de otoño del 86— palabras difundidas por la prensa mundial el último año: *perestroika*, *contra*, *Irangate*, etc., pero esta última, por sus complicaciones políticas, la ha evitado la prensa norteamericana y, por solidaridad, la británica. Si encontramos, en cambio, *Yuppiegate*, referido al escándalo financiero que implicó aquel año a cinco jóvenes, los *Yuppie Five*; *yuppie*, que se ha convertido en un acrónimo internacional, tiene también su adjetivo *yuppyish* y una forma contracta *corruppie* (= corrupt yuppie), pero que no figura como nuevo. Tampoco, por demasiado nuevos, se han incluido neologismos humorísticos como *dink*, otro acrónimo comentado en la prensa española, junto con *tips*, menos frecuente.

Ciertos prefijos y sufijos han merecido tratamiento aparte: *super-*, *mega-*, *techno-* gozan de favor, lo mismo que *-athon*, desgajado violentamente de *marathon*, y *-friendly*, originalmente un adjetivo adverbial. No alcanzó tal honor *mini-*, hoy, como prefijo, en decadencia. Como se ve, se invoca a veces la pujanza o frecuencia de un uso léxico para incluirlo, pero no se observa la regla rigurosamente. Yo tenía anotado como acertado neologismo *fraudster* en 1984, precisamente tomado de *The Guardian*, porque así se evitaba usar la misma palabra, *fraud*, para ‘fraude’ e ‘impostor’, polisemia que ha desorientado al traductor no avisado que dice de una persona que es un “fraude”, en vez de impostor o estafador. ¿Por qué se presenta ahora como innovación

de 1986? No sabemos. Para los que admiramos las paradojas del lenguaje —el español no anda escaso— una última perla: el sustantivo *notting*, derivado del adverbio *not* (negación verbal), definido por Mort como “la práctica de no hacer nada”, cuyo origen está en el uso de *not* con sustantivos desposeídos, satíricamente, de su significado normal: sus *no-libros*, serían así los libros más esperados no escritos, de un autor.

Pese a nuestros reparos, el libro cumple bien su aspiración de entretener, pero es a la vez acta notarial muy documentada y circunstanciada de la vitalidad del inglés desde un observatorio privilegiado —la Gran Bretaña— que no abarca toda su área de vigencia pero sí permite ver el flujo y reflujo de un rico vocabulario siempre vivo.

Emilio Lorenzo

* Longman, 1986.